

CAPÍTULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras
sucedidas con toda verdad.

¿Qué les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bacía, sino yelmo?—Y quien lo contrario dijere, dijo Don Quijote, le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y, si escudero, que remiente mil veces." Nuestro barbero, que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de Don Quijote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla, para que todos riesen; y dijo, hablando con el otro barbero: "Señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas há de veinte años carta de exámen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería, sin que le falte uno, y ni mas ni menos fui un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien qué es yelmo, y qué es morrion y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados; y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo como está lejos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo que este, aunque es yelmo, no es yelmo entero.—No, por cierto, dijo Don Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera.—Así es," dijo el cura, que ya habia entendido la intencion de su amigo el barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, Don Fernando y sus camaradas; y aun el oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de Don Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las veras de lo que pensaba le tenian tan suspenso,

que poco ó nada atendía á aquellos donaires. “¡Válame Dios! dijo á esta sazón el barbero burlado, ¡que es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía, sino yelmo! cosa parece esta que puede poner en admiración á toda una universidad, por discreta que sea. Basta; si es que esta bacía es yelmo, también debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho.—Á mí, albarda me parece, dijo Don Quijote; pero ya he dicho, que en eso no me entremeto.—De que sea albarda ó jaez, dijo el cura, no está en más de decirlo el señor Don Quijote, que, en estas cosas de la caballería, todos estos señores y yo le damos la ventaja.—¡Por Dios, señores míos! dijo Don Quijote; que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que, acerca de lo que en él se contiene, se preguntare, porque imagino que, cuanto en él se trata, va por vía de encantamiento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces; y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber cómo ni cómo no vine á caer en aquella desgracia. Así que, ponerme yo ahora en cosa de tanta confusión á dar mi parecer, será caer en juicio temerario: en lo que toca á lo que dicen, que esta es bacía, y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero, en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva; solo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes: quizá, por no ser armados caballeros, como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamientos de este lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecían.—No hay duda, respondió á esto Don Fernando, sino que el señor Don Quijote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la definición deste caso; y, por que vaya con más fundamento, yo tomaré en secreto los votos destes señores, y, de lo que resultare, daré entera y clara noticia.” Para aquellos que la tenían del humor de Don Quijote, era todo esto materia de grandísima risa; pero, para los que la ignoraban, les parecía el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de Don Luis, y á Don Luis ni más ni menos, y á otros tres pasajeros que acaso habían llegado á la venta, que tenían parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran; pero, el que más se desesperaba, era el barbero, cuya bacía, allí delante de sus ojos, se le había vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le había de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reían de ver cómo andaba Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oído para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se había peleado; y, después que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quijote conocían, dijo en alta voz: “El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo, que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el

decir que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo; y así, habreis de tener paciencia, porque á vuestro pesar, y al de vuestro asno, este es jaez, y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte.—No la tenga yo en el cielo, dijo el pobre barbero, si todos vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios como ella me parece á mí albarda, y no jaez; pero allá van leyes..... y no digo más; y en verdad, que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no.” No menos causaban risa las necedades que decía el barbero, que los disparates de Don Quijote, el cual, á esta sazón, dijo: “Aquí no hay más qué hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y, á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga.” Uno de los cuatro, dijo: “Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son, ó parecen, todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacía, ni aquella albarda; más, como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque ¡voto á tal! (y arrojóle redondo) que no me den á mí á entender, cuantos hoy viven en el mundo, al revés de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno.—Bien podría ser de borrica, dijo el cura.—Tanto monta, dijo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen.” Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habían entrado, que había oído la pendencia y cuestión, lleno de cólera y de enfado, dijo: “Tan albarda es como mi padre, y, el que otra cosa ha dicho, ó dijere, debe de estar hecho uva.—Mentís como bellaco villano,” respondió Don Quijote; y, alzando el lanzón, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que, á no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido: el lanzón se hizo pedazos en el suelo, y los demás cuadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de Don Luis rodearon á Don Luis, por que, con el alboroto, no se les fuese; el barbero, viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho; Don Quijote puso mano á su espada, y arremetió á los cuadrilleros; Don Luis daba voces á sus criados, que le dejaran á él, y acorriesen á Don Quijote, y á Cardenio, y á Don Fernando, que todos favorecían á Don Quijote; el cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligía, Maritornes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa, y Doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho; Sancho molía al barbero; Don Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo, por que no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre; el oidor le defendía; Don Fernando tenía debajo de sus pies á un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor; el ventero tornó á reforzar la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad;